

Reseñas

ESTEBAN VERNIK (comp.), *Escritos contra la cosificación. Acerca de Georg Simmel*, Buenos Aires, Altamira, 2000, 156 pp.

MARIANA LUZZI*

Digresión sobre el extranjero: presencia de Simmel en las ciencias sociales latinoamericanas

Clásico no es un libro (lo repito)
que necesariamente posee tales o
cuales méritos; es un libro que
las generaciones de los hombres,
urgidas por diversas razones, leen con
previo fervor y con una misteriosa lealtad.

Jorge Luis Borges, *Sobre los clásicos*

I

Frente a un libro que hoy se proponga recuperar desde las ciencias sociales latinoamericanas el pensamiento de Georg Simmel, es probable que la primera reacción sea de sorpresa o desconcierto (y, por qué no, de ambos).

Contemporáneo de Durkheim y Weber, colega e interlocutor del segundo, fundador junto con él de la Asociación Alemana de Sociología en 1909, Simmel corrió una suerte intelectual muy diferente a la de estos célebres contemporáneos. Con un lugar marginal en la academia a lo largo de su vida y una circulación errática de su obra a partir de su muerte, los caminos por los que el pensamiento de Simmel transcurrió dentro de la tradición sociológica del siglo xx son mucho más difíciles de seguir que los de los "padres fundadores" de la disciplina (los mencionados Durkheim y Weber, y también Tónnies). Con influencias reconocidas dispersas aquí y allá, huellas oca-

* Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

sionalmente fuertes y las más de las veces muy débiles, y sobre todo sin una presencia permanente e institucionalizada dentro de la sociología, la riqueza y potencialidad de la obra de Simmel ha sido continuamente escamoteada.

En la América Latina, la situación no ha escapado a esta descripción general, aunque resulta necesario considerar excepciones notables. En la Argentina, si bien la sociología, que en tanto disciplina formalizada se instala en las universidades en los años cincuenta, sólo asigna a Simmel un lugar marginal —casi inexistente— en sus programas de estudio, décadas antes algunos círculos intelectuales leen, discuten y editan la obra del autor, conviniendo así al país en uno de los primeros en traducirla al español. Comenzando con la temprana traducción que en 1923 hace Carlos Astrada del artículo “El conflicto de la cultura moderna” en la Universidad de Córdoba y sin dejar de mencionar la impronta que Simmel deja en notorios exponentes del ensayismo argentino de la primera mitad del siglo, como Ezequiel Martínez Estrada, es imperioso reconocer que la marginalidad académica que Simmel sufriera desde los años cincuenta no es indicador de un desconocimiento total de su obra en el país. Sin embargo, a la hora de evaluar su presencia en el medio intelectual y académico nacional del último medio siglo, sin dudas la caracterización esbozada más arriba continúa siendo válida.

En su libro introductorio sobre la vida y la obra de Georg Simmel, David Frisby¹ arriesga algunas hipótesis acerca de las razones que justifican la dificultosa circulación del pensamiento del autor de *Filosofía del dinero* en la sociología moderna, a partir de un análisis de lo que sucede con él en la sociología estadounidense. Básicamente, el argumento de Frisby es que la exclusión que Talcott Parsons hiciera del capítulo dedicado a Simmel en *La estructura de la acción social* de 1937, determinó que generaciones de sociólogos que se formaron al calor de las lecturas parsonianas de los clásicos no accedieran a las contribuciones de Simmel, que perdió así la vitalidad que podría haber tenido. Más allá de los acuerdos que esta hipótesis pueda concitar o no, y de la consideración de otros factores que puedan influir en el problema discutido, la centralidad de la influencia parsoniana no debería ser menospreciada, sobre todo desde América Latina, donde su influencia en la etapa formativa de las ciencias sociales fue destacada.

En este sentido, cabe mencionar las reflexiones que a mediados de los años ochenta hacía Luis F. Aguilar Villanueva sobre las características que la recepción del pensamiento de Max Weber había asumido en América Latina, particularmente en México.² La pregunta que se formulaba refería a las consecuencias que el influjo de las interpretaciones parsonianas de Weber habían tenido en la circulación latinoamericana del pensamiento del autor, que durante décadas había sido privado de lecturas que escaparan al estrecho marco que el funcionalismo estructural les imponía.

De esta manera, así como según Aguilar Villanueva el particular influjo de la obra de Parsons en la sociología de mediados del siglo xx —en particular la latino-

¹ David Frisby, *Georg Simmel*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, cap. V.

² Luis F. Aguilar Villanueva, “El programa teórico-político de Max Weber”, en F. Galván Díaz y L. Cervantes Jáuregui (comps.), *Política y desilusión. (Lecturas sobre Weber)*, México, Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades, 1984.

mericana—habría determinado una ‘despolitización’ y neutralización del pensamiento de Max Weber, sería posible conjeturar que iguales motivos habrían contribuido a un ‘olvido’ parcial de la obra de Simmel, que en algunos casos —como el argentino— implicaría también el olvido de una tradición nacional que sí lo rescataba.³

Este es el primer tópico acerca del cual *Escritos contra la cosificación* toma la palabra: la recuperación del pensamiento de Simmel. Una recuperación que debe bucear en la obra del autor, pero también en los diálogos implícitos y explícitos de la misma con sus contemporáneas, en sus influencias en tradiciones nacionales hoy acalladas y, finalmente, en su potencialidad para interpretar hoy las condiciones de la vida social.

II

Escritos contra la cosificación es el resultado del trabajo de sus diez autores en el marco del seminario “Simmel y la cosificación en las sociedades modernas”, dictado por el profesor Esteban Vernik en la Universidad de Buenos Aires durante 1998. Su carácter es entonces necesariamente plural y fragmentario, aun a pesar de las fuertes marcas comunes que los textos, a su tiempo, evidencian.

La declaración inicial es inequívoca, pero sobre todo provocativa: “leemos la honda crítica de Simmel a la sociedad moderna y redactamos un manifiesto contra la cosificación del mundo” (p. 7). Por supuesto, tal manifiesto no existe más que como pretensión o latencia, como tensión que recorre los diferentes ensayos en su búsqueda por aprehender, por asir, por apropiarse de aquello que identifican como el centro de la reflexión simmeliana, la cosificación en las sociedades modernas.

Dos son las preocupaciones centrales entre las que se dividen los artículos reunidos en el libro. Por un lado, un grupo de textos intenta dar cuenta, en clave filosófica, de las reflexiones de Simmel acerca de la *tragedia* de la cultura moderna, de sus diálogos con otros autores —fundamentalmente con Marx— y de las posibilidades que aquellas brindan para pensar teóricamente lo social hoy; por otro, ciertos ensayos se proponen, en un registro más sociológico, ‘poner en juego’ el pensamiento del autor en el análisis histórico de algunos aspectos de las sociedades contemporáneas.

Cabe aclarar que esta distinción entre intenciones filosóficas y sociológicas, en principio no reivindicada por ninguno de los autores, no debería ser entendida en un sentido dicotómico, sino simplemente como un indicio de las diferentes claves en las que el pensamiento de Simmel, de hecho siempre limítrofe entre ambas tradiciones, puede ser abordado. Es interesante destacar, en cualquier caso, que las lecturas que los artículos evidencian se concentran sobre todo en los escritos de filosofía de la

³ En este sentido, podríamos preguntarnos si en la Argentina este proceso no habría estado alimentado por la particular consolidación académica de la Sociología en los años cincuenta, en la cual jugó un rol central la figura de Gino Germani, discípulo y traductor de Parsons. Desde ya, esto no implica que la pregunta pueda ser abordada aquí, ni que debiera haberlo sido en el libro que nos ocupa.

cultura (reunidos en su mayoría por Simmel en el volumen de 1911),⁴ en menor medida en *Filosofía del dinero* de 1900 y en tercer lugar en la *Sociología* de 1908.

Finalmente, el volumen se cierra con tres textos inéditos en castellano. Un artículo del propio Simmel, “Estética de la gravedad”, publicado originalmente en 1901 en el *Berliner Tageblatt* y dos críticas a su obra. La que Durkheim realizara a *Filosofía del dinero* en 1901 y la que Adorno titulara “El asa, el jarro y el primer encuentro”, en la que rastrea las huellas de Simmel presentes en el pensamiento de Ernst Bloch.

III

Los tres artículos que inauguran el libro dan buena cuenta de la primera de las orientaciones que mencionábamos más arriba. En ellos, Valentina Salvi, Víctor Rau y Gisela Catanzaro intentan desentrañar las fuentes y las consecuencias teóricas de la reflexión simmeliana acerca de la *tragedia de la cultura moderna*.

Con “El reverso de las cosas”, Salvi ofrece un recorrido por los ensayos “El asa”, “La significación estética del rostro” y “Las ruinas”, rastreando en ellos la pregunta por la vida atrapada irremediabilmente en el secreto de las formas. Su alusión al *reverso de las cosas* implica sin más ese “llamar a lo invocado a la proximidad”, esa búsqueda por la potencia subjetiva olvidada en la objetivación.

En este camino, resulta especialmente interesante la recuperación del diálogo entre Simmel y Walter Benjamin que la autora propone a propósito de la reflexión sobre las ruinas, como formas preñadas de sentido, presentación de la vida en aquello que ya no lo es, recuerdo de la fuerza que nunca renuncia a ser.

Víctor Rau, por su parte, se concentra en la relación entre la reflexión de Simmel sobre la cosificación y los desarrollos de Marx acerca del fetichismo de la mercancía. Considerando la inicial advertencia del primero según la cual el carácter fetichista que el segundo adjudica a los objetos económicos en la época de la producción de mercancías es sólo un caso especial de lo que ocurre en general con los contenidos culturales, Rau se propone abordar ambos pensamientos a partir de la idea de *des-alienación*. Para él, si los dos autores coinciden en el carácter alienante de la vida moderna, no asumen una misma postura frente a ello. Mientras Marx sostiene una visión *revolucionaria*, según la cual la alienación es superable, la posición adoptada por Simmel está signada por la imposibilidad de una salida de la cosificación, y se asume por tanto como *trágica*. La hipótesis que Rau sostendrá en su artículo es que cualquier trascendencia de la alienación en Simmel estará vedada por la ausencia, en su esquema teórico, de la idea de negación —que sí se encuentra en la noción marxiana de contenido—.

⁴ Se trata de *Philosophische Kultur Gesammelte Essays*, publicado inicialmente en 1911 y luego aumentado en 1919. Los ensayos a los que los autores prestan especial atención son: “La aventura”, “El concepto y la tragedia de la cultura”, “La moda”, “Las grandes urbes y la vida del espíritu” y “Puente y puerta”. A estos debería sumarse la conferencia “El conflicto de la cultura moderna”, de 1916, que leen en la traducción de 1923 de Carlos Astrada, ya citada.

Ahora bien, si en Simmel el hombre moderno ve limitada su vida tanto por la carencia de una vida eterna supramundana como por la imposibilidad de la prolongación de su vida en la comunidad, la noción de vivencia expresa —tanto como la de desalienación en Marx— un *ir más allá de los límites* de la vida ‘cosificada’ (p. 33). La diferencia con Marx, en cualquier caso, será que Simmel piensa siempre este trascender los límites como un desborde, un salirse-de-sí, pero no como una superación, una negación de la vida tal cual es.

En este sentido, entonces, la tragedia se muestra como la forma más clara de la conciencia simmeliana: así como Edipo conoce su destino de asesino de su padre y falla en eludirlo, así el hombre moderno descubre la contradicción permanente entre la vida y las formas, y no logra jamás escapar a su influjo.

Una imagen similar puede encontrarse en Weber, con quien Simmel comparte la vida intelectual alemana de comienzos de siglo. Como bien señala Rau, seguramente la visión trágica de Weber presenta una diferencia fundamental con la de Simmel: la de un énfasis puesto en el terreno moral como mecanismo para eludir las tendencias a la burocratización, que carece de equivalente en el autor de *Filosofía del dinero*. Pero más allá de esto, pueden descubrirse en ambos autores las señas de un diagnóstico del triunfo del mundo objetivo sobre el subjetivo, frente al cual resulta imposible vislumbrar una salida. En Weber: “Que el mundo no conozca nada más que tales hombres de orden supone una evolución en la que, de todos modos, estamos atrapados y la cuestión central no es cómo llevarla adelante ni cómo acelerarla, sino qué *oponer* a esta maquinaria con el fin de conservar un resto de humanidad en esta parcelación del alma, en este dominio exclusivo de los ideales de la vida burocráticos”.⁵

Por último, en “Política. Entre cielo y tierra”, Catanzaro propone una lectura de la contradicción entre la vida y las formas por la cual ésta implica una manera más de pensar la relación entre constituyente y constituido.

Si la vida requiere de las formas para expresarse, en tanto potencia constituyente nunca soporta esa limitación y siempre tiende a rebasarla. Por esto es que en realidad podría definirse por la negativa, como parcialidad o límite: “leída como síntoma, la forma da cuenta, al mismo tiempo, de la vida como potencia y como falta, incompletitud” (p. 44).

La contraposición de la vida como puro movimiento y la forma como cosificación permite entonces una crítica de lo social naturalizado, pero siempre a condición de que ésta no ignore el carácter constitutivamente “fallado” de la vida. Así, evidentemente, no hay salida para la *tragedia de la cultura* y formas como la del aventurero o el extranjero, con sus particulares imbricaciones de azar y necesidad, sólo son “ensayos de configuración” y no modelos de acción que constituyan una superación del antagonismo (p. 49).

Con esta conclusión, el artículo opera un resignificación necesaria. “Escribir contra la cosificación” no significa, finalmente, pretender haber hallado la clave que dé por tierra con la constitución de la sociedad moderna (y capitalista), en Simmel o

⁵ Citado por A. Mitzman, *La jaula de hierro: una interpretación histórica de Max Weber*, Madrid, Alianza, 1976, pp. 161-162.

más allá de él. No implica ser capaces de señalar las vías de escape necesarias para la superación del conflicto entre la vida y las formas. “Escribir contra la cosificación” significa, justamente, *transitar la tragedia de la cultura*, habitarla, encontrar sus límites. Buscar en las condiciones de posibilidad de lo social las claves —no las salidas— que lo hacen inteligible, y transformable.

IV

Los trabajos de Mariano Fressoli, Carlos Freytes Frey y Federico Lorenc Valcarce coinciden en una intención particular: iluminar con el pensamiento de Simmel la comprensión de fenómenos sociales contemporáneos. Si bien ninguno de ellos elude ni descuida la reflexión teórica sobre la obra del autor, su interés principal radica en la intención sociológica que los define.

En “La ciudad y el recorrido del secreto”, Fressoli recupera las reflexiones de Simmel sobre la ciudad y la vida urbana en la modernidad a partir de dos nudos problemáticos diferentes: la separación creciente entre la vida objetiva y la vida subjetiva, por un lado, y la organización y delimitación de los círculos sociales y la función del secreto en las mismas, por otro.

Este rescate tiene como objetivo el servir de introducción a un breve análisis de las transformaciones en el entramado urbano en las sociedades contemporáneas, en el cual la reformulación del rol que juega el secreto en la relación sociedad/ciudad ocupa un lugar central. La hipótesis fuerte del autor será, en este sentido, que el secreto ya no posee un carácter frágil y escurridizo, sino que es “una imposición por intención de un grupo social o por efecto de la fragmentación de la que es producto la ciudad” (p. 68). Lejos ya de ser un medio casi lúdico de individualización y diferenciación social, condición misma de la sociabilidad en la gran urbe, se ha transformado en un medio que fuerza las interacciones hacia la “comprobación tediosa de lo conocido”.

Por su parte, Carlos Freytes Frey también apunta al corazón de un tema simmeliano. En este caso se trata de *la moda*, el cual es abordado desde la doble perspectiva de la recuperación de las reflexiones originarias de Simmel y de su reelaboración en función del análisis de realidades contemporáneas.

En “La ciudad y la moda”, Freytes se propone en primer término una diferenciación entre la interpretación de Simmel de la moda como sistema relativamente sencillo, reductible a la dinámica de las clases sociales, y un abordaje contemporáneo de aquella como sistema de diferencias complejo, no sólo desplegado en sentido vertical (aquel de la jerarquía de clases) sino también —y sobre todo— horizontal.

El artículo concluye con una “tímida vindicación de la moda”, que resalta en ella su capacidad para dar cauce al sentido que predomina en las relaciones intersubjetivas en las grandes ciudades, es decir, la mirada. En este sentido, de manera quizás excesiva —aunque no por ello menos interesante—, la moda es vista como facilitadora del diálogo entre sujetos, de un “encontrarse y estar juntos”, en medio de una dinámica social y urbana donde los espacios, de manera creciente, se configuran en la dirección sujeto-objeto y se muestran esquivos para la posibilidad de la interacción.

Finalmente, con “Simmel y los hilos invisibles de lo social”, Federico Lorenc Valcarce introduce la mirada más estrictamente sociológica sobre la obra de Simmel de todas las que *Escritos contra la cosificación* provee. Partiendo de diferentes preguntas, la intención del autor será la recuperación de lo que llamará la “actitud etnográfica” de Simmel por sobre su más comentada “actitud filosófica”. En este camino, el rescate del diálogo entre Durkheim y Simmel en torno de la cuestión del lazo social también encontrará su lugar.

Este recurso a Simmel en tanto “observador detallista de la vida moderna”, etnógrafo, encontrará su justificación final en la “Digresión sobre la sentencia *el peronismo es un sentimiento*”, a lo largo de la cual Lorenc buscará dar cuenta, para un aquí y ahora específico, de la particular proliferación y entrecruzamiento de círculos sociales diversos, del predominio de determinadas formas de socialización/sociación y del enfrentamiento entre formas de interacción diversas y aparentemente contrapuestas.

V

Algunas obras tienen la extraña virtud de operar como señales, como alertas, como recordatorios. De alguna manera, ésa es la función que le cabe hoy a *Escritos contra la cosificación*. Casi imposible de asir en su pluralidad, su capacidad para hacer próxima, en su misma heterogeneidad, la presencia lejana de Simmel, lo convierte en un libro que dice, quizás, mucho más de lo que se propone.

Ese previo fervor y esa misteriosa lealtad con los que, parafraseando a Borges, los autores leen e invocan a Simmel, sirve sin dudas como múltiple recordatorio: de la impronta olvidada de Simmel en la tradición sociológica clásica; de su presencia acallada en el pensamiento social argentino; de su continuo andar limítrofe, incómodo, entre la sociología y la filosofía; de su conciencia trágica.

En fin, de su inagotable capacidad para iluminar —aún hoy— las preguntas sobre las condiciones del mundo social.

BRUNO PÉQUIGNOT Y PIERRE TRIPIER, *Les fondements de la sociologie*, Paris, Nathan, 2000, 216 pp.

VÍCTOR ZÚNIGA*

No es sólo una nueva manera de narrar la historia de la sociología lo que sin duda puede encontrar la comunidad de sociólogos en el texto de Bruno Péquignot y Pierre Tripier, sino también una nueva visión de las bases científicas que fundan la disciplina. El

* Profesor-investigador de la Universidad de Monterrey y de la Université de Versailles à Saint Quentin-en-Yvelines.

lector encontrará el fruto de la reflexión de dos autores que abandonaron ese reflejo casi compulsivo de las grandes narraciones sociológicas (Merton, Nisbet, Gurvitch, Aron, Sorokin, Bottomore, Giddens, Alexander) que conducen a pensarla en sí misma, para sí misma y fundada sobre sí misma. Una necesidad implacable de los sociólogos, quizás, de no perder su propia identidad —y de no perderse en sus múltiples identidades— que se manifiesta irónicamente en la reiterada búsqueda de sus orígenes y fundamentos. Necesidad de unidad, de orígenes seguros y comunes, de cuerpos teóricos uniformados. Necesidad de responder a la sentencia de Edward Shils, quien describió a la sociología como “a heterogeneous aggregate of topics [...] heid together [...] by a more or less common tradition —a heterogeneous one in which certain currents stand out— linked to common monuments or classical figures or works” (1970:760).

Los autores logran sus objetivos porque toman en serio los programas de Piaget y Bourdieu: no es del trabajo de erudito (Timasheff, Abel) de donde puede surgir una historia de la sociología, sino de una epistemología interna o de una sociología del conocimiento sociológico y sus métodos. Haciendo esto ofrecen una nueva narración que contiene cuatro elementos básicos: *a)* origen múltiple: la sociología tiene múltiples nacimientos y, por consecuencia, no hay paternidad única; *b)* multilinealidad histórica: cada uno de estos nacimientos prepara un linaje de la disciplina, la dispone a desarrollos diferentes, paralelos y autónomos; es decir, múltiples paternidades dieron lugar a múltiples historias; *c)* fundamentos múltiples: cada nacimiento lleva consigo la herencia de modelos científicos más antiguos que los nuestros, que inevitablemente los sociólogos adoptaron para hacerla nacer; éstos son los modelos y los métodos de la física (Galileo, Newton), de la historia (Tucídides, Maquiavelo) o de la botánica, la zoología y la medicina (Lineo, Darwin, Cuvier, Bernard) y, *d)* como resultado de esta multiplicidad de orígenes, historias y herencias, hoy día, la sociología es una disciplina múltiple llamada a aceptarse como tal y a emprender el camino de la convergencia, adoptando, como lo sugieren los autores, el principio de complementariedad que han estado aplicando los físicos desde principios del siglo xx. Complementariedad de los enfoques teóricos, de las bases metodológicas y de los modelos de interpretación.

El resultado del trabajo de Péquignot y Tripier pone en claro que las tentativas de estandarización del trabajo científico —desde el Círculo de Viena hasta los manuales de metodología que seguimos recomendando a nuestros estudiantes hoy día— proviene de esas compulsiones unificadoras que surgen del miedo a perder la identidad académica —si es que alguna vez la ha habido—. En contraste, quien pone atención a la historia múltiple de la disciplina, concluirá, con los autores, que no hay gramática metodológica y no tiene por qué haberla. Y no la hay para ellos, no por ser militantes del eclecticismo metodológico *per se*, sino por haber hecho una sociología del trabajo sociológico que les permitió observar las múltiples gramáticas sobre las cuales se funda la disciplina. No es, por tanto, la hora de los antagonismos y las rivalidades teórico-metodológicas; es la hora de tomar en serio, como en biología y en física, el principio de complementariedad, las distinciones de escala y la especificidad de los objetos de estudios.

Fundaron la sociología Quételet, matemático y astrónomo; Tocqueville, jurista y aficionado a la historia comparada; Marx, filósofo y economista. Pero también

colaboraron en su nacimiento ingenieros como Le Play, Spencer y Pareto. En la empresa, entraron en la escena filósofos de la historia y del individuo como Simmel y Elias; y enamorados de la biología como Durkheim o de la historia como Weber. Pero también produjeron su propia fundación neurólogos como Mead y darwinianos como Park y Burgess. Múltiples fundaciones, múltiples herencias. Tiempo es no sólo de reconocer, sino de sacar las lecciones de lo que Szacki apuntaba hace ya casi veinte años: "Sociology as a scientific discipline has never formed an organic whole [...] Sociology has never been concerned with a homogeneous set of problems that would be typical of it [...] The evolution of sociology has been strongly multilinear in nature" (1982:367, 368).

No hay ya lugar pues para la vergüenza epistemológica y ni para el malestar académico cuando aceptamos esta multilinearidad histórica, ni cuando enseñamos a los estudiantes de sociología que muchas de nuestras nociones y métodos son prestados, deudas con la biología, la física, la historia y la estadística. Es más bien tiempo de aceptar la invitación de Péquignot y Tripier:

Tenemos la impresión de que si los sociólogos no han logrado reconocer el principio de no-contradicción, si sus conflictos se parecen a los que destrozaban a los biólogos hace siglo y medio, y a los físicos hace más de cincuenta años, es probablemente porque ponen demasiado empeño en explicar *todos* los fenómenos, *todos* los procesos, conduciendo *todas* las operaciones de investigación con la ayuda de una misma batería a su disposición o por medio de una revisión permanente de métodos y teorías que, como tal, cada vez hay que volverla a emprender (184; traducción y subrayado míos).

Referencias

- Shils, Edward (1970), "Tradition, Ecology, and Institution in the History of Sociology", *Daedalus*, vol. 99, otoño, pp. 760-825.
- Szacki, Jerzy (1982), "The History of Sociology and Substantive Sociological Theories", en Tom Bottomore, Stefan Nowak y Magdalena Skolowska (eds.), *Sociology, the State of the Art*, Londres, Beverly Hills, SAGE Publications, pp. 359-374.

GERARDO OTERO, *Farewell to the Peasantry? Political Class Formation in Rural Mexico*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1999, xiii-186 pp.

MICHAEL J. WATTS*

Gerardo Otero retoma el tema de la cuestión agraria en México, sin duda uno de los capítulos más dramáticos e importantes del siglo xx, que ha estado en el centro del

* Profesor-investigador de la Universidad de California, Berkeley.

debate teórico y político en México desde la Revolución de 1910. En su formulación clásica de finales del siglo XIX, la cuestión agraria presentaba tres momentos: la diferenciación del campesinado, la política de la formación de clases en el sector agrario, y la economía política intersectorial de la industrialización capitalista. Otero se aboca principalmente a los dos primeros momentos, aunque no ofrece realmente un tratamiento sistemático del tercero. Su propósito es, por una parte, trascender los debates Lenin-Chayanov (p. 2), que estimularon en gran medida la controversia en los círculos agrarios latinoamericanos desde los años setenta, y por la otra, distinguirse de las diversas vertientes en el estudio de la transformación agrícola de México que parten de los enfoques del “campesinismo” (centrado en las luchas por las tierras y por el acceso a ellas) y el “proletarismo” (que subraya el papel desempeñado por los salarios).

Su tratamiento ofrece tanto una explicación diferente de las formas y el carácter de la diferenciación social en el campo, como un modelo alternativo sobre la formación de las clases políticas. El propósito general, afirma Otero, es cuestionar los supuestos reduccionistas de clase que presentan las vertientes del marxismo y del populismo, mediante un análisis comparado regional de tres estudios de caso. Las tres regiones examinadas (Puebla, Sonora y Coahuila/Durango) tienen en común el hecho de que la agricultura capitalista se implantó durante los años treinta, constituyendo el núcleo original de las luchas agrarias (p. 5). Mediante un cuidadoso análisis histórico y el examen de datos contemporáneos (aunados al trabajo de campo realizado en los años ochenta y noventa), Otero revela tres trayectorias diferentes en la formación de clases, cuyos orígenes son ostensiblemente similares. Su enfoque, basado en la economía política comparada, enfatiza el proceso más que la estructura, a fin de acentuar el hecho de que la ubicación económica de los productores rurales no determina la formación de las clases políticas; más bien, dicha formación es mediada por el Estado, la cultura regional y el tipo de liderazgo (p. 21). Otero plantea que la formación de clases no puede deducirse tan sólo de la posición de la clase, pero está sobredeterminada por el contenido de las demandas y luchas, el carácter de las organizaciones de clase, y el grado de autonomía de los movimientos (p. 24). Subyace a este enfoque un proyecto político implícito, a saber, que tras el colapso del socialismo la única alternativa es la reforma dentro de la periferia del capitalismo y, en consecuencia, que hay espacio para lo que el autor llama “una cultura basada en el mercado, pero no capitalista” (p. 25), que puede materializarse a través de dos alternativas a la proletarianización (la forma salarial): el empresariado campesino (básicamente, la profundización de la producción de productos menores) y la “producción poscapitalista” (cooperativas autogestionadas y formas colectivas de organización). Sin embargo, en el México rural la heterogeneidad de posiciones económicas de clase puede generar un conjunto abigarrado de resultados políticos diversos, dependiendo del Estado, la cultura y el liderazgo.

Farewell to the Peasantry? consta de dos partes principales. La primera (capítulos 3 y 4) concibe al México posrevolucionario como el producto de una redistribución de las tierras encadenada al desarrollo burgués y a la hegemonía estatal. No obstante, las reformas de 1992 a la Constitución, sumadas a las políticas neoliberales y agrarias, representan una desviación mayor del programa original de reforma agraria. El

capítulo 4 ofrece un análisis de la diferenciación social ocurrida entre 1930 y 1990 y confirma las conclusiones de Alain de Janvry en el sentido de que: 1) el campesinado medio está desapareciendo (la “crisis doble” de la agricultura capitalista y la economía campesina), 2) la mayoría de los productores directos son semi-proletarios y, 3) el desarrollo desigual ha fomentado una marcada heterogeneidad regional. La “descampesinación sin una plena proletarización” (p. 9) suscita la pregunta sobre la dirección y contenido de sus conflictos y luchas de clase.

La segunda parte explora esta cuestión a través de tres estudios de caso. En el caso de la Laguna, si bien los trabajadores agrícolas lucharon por “demandas típicamente proletarias”, recibieron tierras por parte del Estado, mientras que los ejidatarios lanzaron un programa de autogestión y producción democrática en los ejidos recién colectivizados. Sin embargo, el Estado y la burguesía agraria aplastaron estas iniciativas, que a su vez produjeron la fragmentación política y un semiproletariado empobrecido. En Atencingo, los ejidos colectivos fueron eliminados, mientras que la producción individual (es decir, familiar) estimuló un proceso de diferenciación social interna, que dio origen, por una parte, a los “empresarios campesinos” y, por la otra, a un semiproletariado sumamente empobrecido (dependiente de los ingresos de los migrantes). En el Valle del Yaqui, Otero observa el surgimiento de la lucha poscapitalista, en respuesta a la agresiva penetración capitalista en la región y a la inmigración mestiza; las nuevas demandas comprendían no sólo la obtención de tierras, sino también otros medios de producción y la autogestión democrática del proceso productivo. Cada una de estas tres trayectorias contenía formas diferentes de discurso político, así como diversas alianzas y solidaridades con “las fuerzas progresivas y democráticas” (p. 150) de México.

Farewell to the Peasantry? constituye, en ciertos aspectos, un ejemplo de economía política un tanto anticuada —que quizá refleja la influencia de Ivan Szelenyi y Erik Wright, con quienes trabajó el autor durante la elaboración de la tesis en la que se basa este libro—, pero es también un modelo de riguroso análisis comparado; el autor ofrece una narrativa excepcionalmente rica y bien sustentada que explica por qué los agentes de clase, partiendo de posiciones similares, siguieron caminos y destinos diferentes. Su sensibilidad a las múltiples determinantes de la lucha de clase y de la formación de clases es ejemplar, si bien, en mi opinión, Otero desarrolla mejor el tema de la intervención estatal que los de la cultura o el liderazgo (este último apenas es abordado). Quizá hubiera sido conveniente un análisis más profundo de las dinámicas intrafamiliares (¿auto-explotación?) y del papel que desempeña el género, sobre todo porque Otero otorga un gran peso analítico a los sistemas de reproducción. Sin embargo, esto no altera el hecho de que el autor haya conseguido escribir un libro apasionante e innovador, a tono con los ritmos acelerados, los desplazamientos radicales y las múltiples trayectorias de la transformación capitalista en el campo mexicano. El triunfo reciente de Vicente Fox y el fortalecimiento de la sociedad civil, que Otero destaca, hace de *Farewell to the Peasantry?* una obra visionaria.

FRANCISCO MIRANDA LÓPEZ, *Las universidades como organizaciones del conocimiento. El caso de la Universidad Pedagógica Nacional*, México, El Colegio de México / Universidad Pedagógica Nacional, 2001, 570 pp.

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ SOLERA*

Aunque el libro nace como una tesis doctoral, no es un trabajo que se hace sólo para obtener un grado, es una investigación que se realiza porque se tiene una inquietud genuina de profundizar en un tema. El autor realiza tres estudios de caso al interior de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN); analiza la unidad central del Ajusco y las sedes que esa institución tiene en los estados de Durango e Hidalgo. Desde la perspectiva de los requisitos formales de un trabajo final de titulación, quizá con uno de estos estudios habría sido suficiente. Pero Miranda continuó investigando y, tal como lo señala en su libro, llega a acumular tanto material, que hubiera sido suficiente incluso para realizar un segundo trabajo. Información abundante que, cuando sobrepasa cierto límite se convierte en un problema, pues agobia, confunde y obliga al investigador a separar el grano de la paja y a quedarse sólo con aquellos datos que son verdaderamente relevantes. Es así como el autor, a pesar de la pasión con que asume su trabajo, hace un alto en el camino y sistematiza para nosotros sus reflexiones en esta excelente obra, con toda justicia premiada en 1999 por la Academia Mexicana de Ciencias como la mejor tesis de doctorado en Ciencias Sociales en el área de sociología.

La lógica que subyace aquí, como en todos los buenos trabajos de investigación, es conocer más, no terminar antes para cumplir con un requisito administrativo. Es evidente que el autor intenta, como una necesidad personal, exorcizar los demonios de la duda que le acosan, buscar explicaciones para dotar de sentido a cantidad de imágenes, sensaciones y vivencias que se agolpaban en su mente en forma caótica e inconexa y a las que trata de darles forma y coherencia. Es ésta, y no la preocupación por cumplir con un trámite de titulación lo que exhalan las páginas de este libro.

El mérito del trabajo de Miranda no consiste en que haya generado información nueva. Los datos que emplea para elaborar el documento existían antes de que la investigación se hiciera. La virtud del trabajo consiste, más bien, en el esfuerzo de interpretación que hace el autor. Los datos de las fuentes secundarias que utiliza estaban dispersos, aislados e inconexos. Éste es un ejemplo de cómo una sólida orientación teórica, puede guiar al investigador en la observación de hechos relevantes y en la forma de articular los datos en interpretaciones que le den coherencia a lo que de otra forma serían fragmentos de información sin mayor interés. En el caso que nos ocupa, estamos en presencia de un conjunto de cifras, extractos de documentos y análisis de discursos que, dispuestos de cierta forma, le permiten al autor generar un conocimiento nuevo, mayor y cualitativamente distinto a la suma de las partes que lo hacen posible.

* Profesor-investigador del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Hidalgo.

Del trabajo de Miranda se pueden hacer múltiples lecturas. Por una parte, es un trabajo de gran actualidad, pues permite ver, en un caso concreto, el impacto que la “sociedad del conocimiento” está teniendo en las instituciones encargadas de la producción, transmisión y difusión del conocimiento en México, por lo que es obviamente importante para los interesados en el estudio de las políticas públicas y la sociología de la educación.

Para las autoridades, estudiantes, académicos y trabajadores administrativos de la Universidad Pedagógica Nacional, el documento será por supuesto del mayor interés, puesto que les permitirá entender mejor los problemas que les aquejan y vislumbrar con mayor claridad las salidas posibles; y, quizá lo más importante, porque les invita a participar en la construcción de lo que el autor denomina la “racionalidad emergente” que se perfila ya al interior de la institución, como resultado del enfrentamiento de distintos proyectos e imaginarios colectivos.

En el libro se realiza un análisis crítico, valiente y sin ambages que revela las luchas internas, las debilidades, los rezagos y los retos que enfrenta la UPN. Cuando analiza, por ejemplo, las actividades de investigación que se realizan en esa universidad y, después de aportar gran cantidad de elementos probatorios para sustentar sus afirmaciones, el autor plantea lo siguiente:

En general, la situación de la investigación y de los investigadores en la UPN sigue siendo de inercia y privilegio. Se trata de un grupo que ha gozado de diversas componendas institucionales y que se las ha arreglado para escabullirse de las exigencias académicas y organizacionales. Un grupo que no le rinde cuentas a nadie, ni a la academia ni a la institución ni a los estudiantes, salvo a sí mismo y a sus grupos de aliados. Un conglomerado de sujetos que se ha colocado en las mejores posiciones del mercado académico sin preocuparse de la competencia interna y externa, y cuando lo ha hecho es sólo con fines de usufructo individual. Un grupo con fuerza política que ha podido sortear con relativo éxito cualquier reforma y que antepone casi siempre su antigüedad y sus derechos laborales sobre el cumplimiento cabal de sus responsabilidades (p. 244).

En otros tiempos, o incluso actualmente en otros lugares, un trabajo como éste quizá se habría tratado de ocultar, porque nunca es agradable que las flaquezas internas se discutan públicamente. Sin embargo, la UPN, lejos de proscribir el documento, lo publica; pues es una de las instituciones que edita el libro. Lo cual habla bien de la capacidad de autocrítica que tiene actualmente esa universidad.

No obstante, el libro abunda en demasiados detalles sobre lo que Foucault llamaría la “microfísica” del poder al interior de la UPN, que hace que por momentos se torne un tanto tedioso para el lector que no le interese lo que ocurre en específico en esa casa de estudios. Pero aparte de las reflexiones que puedan hacerse sobre las particularidades de la UPN, que serían básicamente de interés para los miembros de esa comunidad, la importancia del trabajo radica en las apreciaciones generales que, a partir del estudio de un caso como éste, se pueden hacer sobre las condiciones en que realizan su trabajo los académicos en México. En el libro se puede ver en detalle cómo las intensas luchas internas entre actores, concepciones y grupos con distintos intereses afectan la orientación y calidad del trabajo que se realiza en las universida-

des. Desde esta perspectiva se trata de un estudio metacientífico en el campo de la sociología del conocimiento, que muestra que las orientaciones epistémicas no son sólo el resultado de opciones teóricas o del predominio de ciertos paradigmas. Los académicos, como muchos otros actores, tienen intereses particulares, actúan movidos por pasiones o prejuicios, no siempre tienen toda la información para tomar adecuadamente sus decisiones y, aun cuando la tienen, se equivocan, o en el caso de que acierten en la elección de los medios más adecuados para alcanzar ciertos fines, deben enfrentarse luego con las consecuencias no esperadas o no deseadas de sus acciones, así como lo plantea la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, que sirve a Miranda como parte de la orientación conceptual de su trabajo.

Para los interesados en los estudios de administración, el libro también será una lectura provechosa. Uno de los aportes fundamentales del trabajo es el fuerte cuestionamiento de la validez de los planteamientos teóricos racionalistas para el análisis del funcionamiento interno de las organizaciones. De acuerdo con el autor:

Las organizaciones no pueden ser entendidas a priori como el espacio de cálculo, previsión y control en el que los hombres y las cosas se instrumentalizan, vale decir, se vuelven medios para lograr fines. La organización es, en todo caso, el producto de una lucha y un arreglo entre los agentes que aplican distintos instrumentos de racionalidad (estratégica, comunicativa, instrumental...) a través de los cuales se hacen calculables, manipulables y previsibles determinados elementos humanos y no humanos orientados al cumplimiento de propósitos y finalidades (p. 514).

Por otra parte, el trabajo permite cuestionar también las posiciones racionalistas sobre el acceso a las gratificaciones simbólicas y materiales con que se retribuye a los agentes. Tal como se desprende del trabajo de Miranda, las posiciones en una jerarquía institucional, el acceso a bienes simbólicos como el prestigio, o las posibilidades de desarrollo profesional, e inclusive la determinación del monto de las remuneraciones económicas, no son necesariamente resultado del desempeño, de la formación académica o de la capacidad individual, sino de la habilidad que se tenga para la negociación de condiciones favorables, de la cercanía con los centros de decisión, del respaldo de gremios y sindicatos, y de la legitimidad e influencia del proyecto académico o político al que se pertenece. Los analistas que tratan de explicar las remuneraciones que los trabajadores reciben cuando participan en el mercado de trabajo, orientados sólo por elementos de la racionalidad económica, desconocen estos arreglos políticos y la lucha de poder que se da al interior de las organizaciones y tienden a explicar las retribuciones sólo como resultado del desempeño dentro de una estructura meritocrática que, al menos en este caso, no ha existido.

Otra vertiente importante del trabajo de Miranda es su consistencia metodológica, que lo hace de particular interés para los estudiantes de posgrado. Hay un libro de Umberto Eco, que es muy popular entre los estudiantes que escriben sus trabajos finales de graduación, titulado *Cómo se hace una tesis*, en el que se dan desde orientaciones teóricas metodológicas hasta consejos prácticos para elaborar este tipo de documentos. En el libro de Miranda no se da ninguno de estos consejos útiles, pero el lector atento podrá diseccionar el informe y encontrar algunas pistas de cómo se hace una buena tesis doctoral.

El autor es un observador privilegiado del proceso que estudia debido a las posiciones que ocupó en buena parte del periodo que analiza. Esto pudo haber facilitado su trabajo pero, en nuestro criterio, ofrece al investigador más problemas que ventajas. El haber estado inmerso en el proceso le permitió al autor tener acceso a información y a perspectivas de análisis que difícilmente tendría un observador externo, pero esto tiene su precio. Al escoger como objeto de estudio una problemática a la que lo vinculan fuertes lazos profesionales, políticos, académicos y personales, el autor se coloca en el difícil papel de juez y parte. Intenta hacer un análisis objetivo sobre actores que enarbolan diferentes proyectos, aunque indudablemente el autor mismo ha sido uno de esos actores, con sus propios intereses, sus adscripciones a grupos, sus concepciones sobre proyectos académicos, sus afinidades personales y sus simpatías políticas.

Esta situación en modo alguno descalifica al autor para realizar un análisis riguroso sobre las luchas internas, los imaginarios colectivos, los “patrimonialismos epistémicos”, o los proyectos estratégicos que se enfrentan en los campos de fuerza que identifica al interior de la UPN, pero nos lleva a plantearnos el viejo problema del compromiso y el distanciamiento en las ciencias sociales, analizado magistralmente por Norbert Elias. Como lo planteara este autor, la pregunta que todo sociólogo ha de plantearse a sí mismo es, en qué medida, en la elaboración de sus trabajos, no está buscando en primer término dar validez a una idea previamente existente de cómo deben ordenarse las sociedades humanas.¹

Esta pregunta trascendental, que sin duda se habrá hecho Miranda y todos los que trabajamos en el estudio de lo social, nos viene a la mente cuando leemos un documento como éste y, sólo cuando tenemos esto presente, nos percatamos de lo extraordinariamente difícil que habrá sido realizar un análisis tan claro, riguroso y objetivo como el que se hace en este libro, siendo parte de ese proceso.

Por otro lado, observamos en el documento una fuerte articulación entre una preocupación práctica —como lo es estudiar las luchas internas de los grupos de poder, las arenas y los campos en que se enfrentan los diferentes actores presentes en la Universidad Pedagógica Nacional—, y una clara y sólida orientación teórica. Hay a nuestro parecer una fuerte articulación en el análisis de lo micro y lo macro, una capacidad para estudiar tanto la acción como la estructura, un esfuerzo por tomar en cuenta la libertad de acción individual de los actores y las constricciones estructurales externas que limitan, aunque no determinan, sus posibilidades de actuación, una capacidad para estudiar empíricamente la forma como la acción contribuye a la constitución de las estructuras en el transcurso de la vida cotidiana de las personas.

Desde el punto de vista metodológico encontramos, además, una articulación entre lo cualitativo y lo cuantitativo; no existe una separación entre ambos tipos de metodología y el trabajo de Miranda hace ver claramente que no son opciones excluyentes, sino por el contrario, vías complementarias de acercarse a la realidad, que pueden usarse simultáneamente en un mismo proceso de investigación.

¹ Norbert Elias, *Sociología fundamental*, Barcelona, Gedisa, 1982, p. 185.

Otro aspecto fundamental es la articulación que encontramos entre el marco teórico y la investigación empírica. Hay una buena parte del trabajo, que ocupa los primeros tres capítulos del libro, dedicada a explicitar el marco conceptual que usa el autor. No obstante, estas reflexiones teóricas no están aisladas del resto del documento, sino que sirven de orientación al trabajo de recolección y análisis de información. Hay un intento, además, de no utilizar sólo las teorías existentes, el autor también trata de realizar aportaciones teóricas propias que le permitan comprender aquellas situaciones en las que los marcos conceptuales existentes muestran sus limitaciones.

A pesar de la extensión del trabajo (570 páginas), uno de los aspectos que llaman más la atención es la parsimonia con que está escrito. Ningún dato o planteamiento teórico es puesto injustificadamente. El trabajo es extenso porque debe serlo, porque cada párrafo que se incluye es necesario para hilvanar una idea, para aportar una evidencia, para sostener un argumento. Los elementos están en su lugar articulados armoniosamente, lo que el lector agradece, porque en el mundo saturado de información en que vivimos la organización sistemática de dicha información se ha vuelto un arte.

El autor plantea que, al inicio de su investigación, se sintió un poco incómodo con el problema que había elegido. Cuando comparó su objeto de estudio con los que estaban abordando otros investigadores, que se ocupaban de grandes temas como la democracia, el Estado o las clases sociales, se cuestionó la validez de sus inquietudes y llegó incluso a dudar de su capacidad para analizar seriamente el tema de la Universidad Pedagógica Nacional. Sin embargo, hoy vemos que sus inquietudes no tenían razón de ser: lo importante no es *qué* se estudia, sino *cómo* se estudia. Una enseñanza que nos deja el trabajo de Miranda es que no hay tema modesto si se tiene imaginación, se trabaja con rigurosidad, se cuenta con una buena orientación teórica y ¿por qué no? también con un poco de pasión.